

LAUREN. ¡Traidor! ¿Después de alcanzada de ti soy aborrecida? Huésped vil que la comida no pagas ni la posada. ¿Será de noble esa empresa?

GUILLÉN. Echarla de aquí procura. (Vase.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos DON GUILLÉN.

GALLARD. Siempre echan en la basura los relieves de la mesa. Si sacuden los manteles mándanme que los sacuda. Adiós, que el amor se muda en odio.

LAUREN. ¡Rabias crueles me incitan á la venganza!

GALLARD. De todo manjar barato un señor, si es tosco el plato, un bocado sólo alcanza. Yo tengo acción desde agora, Laurencia, á tu hermoso talle, y así no hay que rehusalle. Gallardo, mi bien, te adora. Deja la pena y recelo, que el caballo que corrió en silia, lo llevo yo al pilón y voy en pelo.

LAUREN. ¡Grosero desenfrenado! No incites más mi furor, que puesto que á su señor es semejante el criado, no conoces bien mis bríos.

GALLARD. Estaos, Laurencia, quedita; los zapatos que se quita mi señor son siempre míos; y así por mía os acoto; pues después que os ha calzado venís á ser del criado, porque sois zapato roto. Sosegaos, Laurencia hermana, que soy discreto y galán, y vos, si antes cordobán, ya zapato de badana. Dadme esa mano nevada.

LAUREN. ¡Oh infame! (Date.)

GALLARD. ¡Ay, que me mató! Mano es la que os pido yo, Laurencia; no manotada.

LAUREN. Presto verá lo que puede la afrenta en una mujer; rayo del mundo he de ser; no piense el traidor que quede sin castigo su desprecio. ¡Vive Dios! si mi lugar no me procura vengar, don Guillén, infame y necio, que, pues estoy deshonrada, mudando el traje y el nombre, que ha de verme Aragón hombre, vuelta la rueca en espada, hacer de mi injuria alarde; aunque la rueca mejor fuera para ti, traidor,

que es insignia de cobarde. Mas, pues la suerte nos trueca, será, traidor, desde aquí la espada el adorno en mí, y en ti, villano, la rueca. (Vase.)

ESCENA IX

GALLARDO solo.

¡Malos años y cuál va! No quiero más tu afición, que da coz y mojiçón que el diablo la esperará. Amansarán sus querellas si las sabe remediar, y más que yo sé lugar donde se curan doncellas. (Vase.)

ESCENA X

Salen todos los VILLANOS, menos NISO.

MONTAN. No ha querido don Gastón dejarnos salir contra él, como es señor de Esteruel obedecelle es razón. Dice que este agravio se hizo á él solo, y que así le toca castigar la furia loca de quien tan mal satisfizo al honor que con su hermana pensaba en Aragón dalle, y así va á desafialle; que si no á son de campana habíamos convocado todo el lugar.

CORBATO. ¿Qué, no hay quien se libre de don Guillén?

ARDENIO. No imagino que ha quedado doncella en esta comarca que no le pague primicias.

CORBATO. ¿Es cura?

ARDENIO. De las malicias.

MONTAN. Todas las mochachas marca. Aunque fuera el Moro entre ellas y Córdoba Montalbán, pues el pecho que le dan es cual el de cien doncellas.

CORBATO. Este es turco aragonés. ¡Qué bien hizo en no casarse Marotol!

ARDENIO. Fuera cargarse la cabeza ya hecha pies.

MONTAN. El es sabio, aunque parece ignorante.

ARDENIO. Es buen cristiano.

CORBATO. Dios le tuvo de su mano, y el cuerdo se está en sus trece.

MONTAN. Y Niso, ¿qué hace?

CORBATO. Lloro de su Laurencia la afrenta.

ARDENIO. Si ella quisiera, á mi cuenta que estoviera honrada agora.

CORBATO. Como allá dicen que andaba con don Guillén de escondidas en cuentos.

MONTAN. Están perdidas por él las mozas.

ARDENIO. Habraba con él los disantos todos, ya en el soto, ya en el río.

MONTAN. Y aun por esa se hacen, tío, de esos polvos estos lodos. Tómese lo que se tiene, y tenga agora paciencia; mas ¿no es ésta Laurencia?

ARDENIO. La misma.

CORBATO. ¡Verá y cuál viene!

ESCENA XI

Sale LAURENCIA.—DICHOS.

LAUREN. ¿Qué hacéis aquí, afeminados, hombres sólo en la apariencia, en conversación infame, que no sentís vuestra afrenta? Gallinas, y aun no gallinas, pues ya saben volver éstas los picos contra el milano que sus polluelos le lleva. ¿Qué pastor hay tan cobarde que, con gritos, hondas, piedras, no libre del lobo vil la ya acometida oveja? Una hormiga, si la quitan el grano que avara encierra, muerde atrevida al contrario. Un mosquito se sustenta de la sangre de un león, y hasta la más torpe abeja acomete vengativa á quien roba sus colmenas. Pues, gallinas, el milano se atreve á las pollas tiernas de vuestro lugar y casas, ¿y no vengáis vuestra ofensa? El lobo bárbaro os roba, villanos, una cordera delante de vuestros ojos, ¿y le dejáis ir con ella? Volved, hormigas cobardes, por la agostada cosecha del honor que os han quitado de un traidor las insolencias. Aún menos sois que mosquitos, pues ninguno hay que se atreva á sacar sangre afrentosa á quien derrama la vuestra. Mas, pues, vuestra cobardía llevar los panales deja, del colmenar de la fama zánganos sois, que no abejas. No os llaméis hombres, cobardes; ceñid al lado las ruecas, pues no sabéis ceñir armas más que para la apariencia. Si como sabéis guardar

las espadas que las vean desnudas contra tiranos guardarais las hijas vuestras, no las violara la injuria; mas si las espadas vuestras son vírgenes, mal podréis defender tantas doncellas. ¡Que á vuestros ojos un hombre haga torpe y loca presa en una frágil mujer, en una vecina vuestra! ¡Que os lleve con ella la honra, y que no tengáis vergüenza de vivir y no vengaros! ¡Que estéis de aquea manera conversando unos con otros como si en paces ó fiestas contárades las hazañas que emprendistes en la guerra! Diez leguas de Zaragoza vivís, y la gente della son espejo de las armas, blasones de la nobleza. ¿Cómo se os pega tan poco, decid, gente aragonesa? ¿Por qué afrentáis vuestra patria afeminados en ella? Si no sois para vengaros, llamad las mujeres vuestras; pedidas que os desagracien, quejaos llorosos ante ellas, y mientras se arman valientes y la aguja en lanza truecan, el acero por las galas, las espadas por las ruecas, quedaos en casa vosotros, hilad, barred, viles hembras; jabonad y haced colada, que aunque la hagáis, yo estoy cierta que no sacaréis las manchas que en vuestra honra el agravio echa, si no es con sangre enemiga que es la más eficaz greda. ¿Calláis? ¿Teméis? ¿No venís? Mas ¿para qué? No os den pena injurias de vuestras hijas, comprad trompas y muñecas; jugad, niños, que es razón que mientras vive Laurencia ella tomará venganza. ¡Vive Dios! que en vuestra afrenta ha de mudar, gente vil, el traje y naturaleza, por que os enseñe á ser hombres, siéndolo vuestra Laurencia. Bandos hay en Aragón; volviéndome bandolera, no he de dejar hombre á vida. ¡Guárdese de mí mi tierra! Que en vosotros los primeros he de vengar mis ofensas, y vestidos de mujeres sacaros á la vergüenza.

El que hombre fuere, mis agravios sienta. ¡Al armal! ¡Don Guillén, serranos, muera!

(Vase.)

ESCENA XII

DICHOS, menos LAURENCIA.

- CORBATO. Salpimentado nos ha.
 ARDENIO. ¡Malos años para ella,
 y qué sabida que es!
 MONTAN. No tién pelillo en la lengua;
 mas sóbrala la razón,
 CORBATO. Si aquí su padre estuviera
 también llevara su parte;
 pero ¡qué infamia es la vuestra!
 Vamos, aunque mos lo estorbe
 don Gastón, y el fuego encienda
 á Montalbán y á su dueño,
 que si no es de esta manera
 corre peligro Estercuel.
 TODOS. ¡Al arma! ¡Don Guillén muera!
 ARDENIO. Muera; porque antes de un año
 no ha de haber en esta tierra
 una virgen por un ojo.
 MONTAN. Si el fuego de amor le quema
 un clavo saca otro clavo,
 con un fuego otro se venga.
 CORBATO. La campana de Concejo
 tocad, por que todos vengan
 á vengar nuestras injurias.
 ARDENIO. ¡Al arma, serranos!
 TODOS. ¡Guerra! (Vanse.)

ESCENA XIII

Salen DON GUILLÉN y DON GASTÓN.

- GASTÓN. La cruz que traéis al pecho,
 señal de vuestra nobleza,
 para adornar la cabeza
 de los Césares se ha hecho.
 Las veces que sin provecho
 la veo en hombres que no son
 de crédito y opinión,
 aunque lástima me da,
 sospecho que es cruz que está
 pintada en algún rincón.
 En el más alto lugar
 y sublime chapitel
 se pone la cruz, y en él
 la suele el cuerdo estimar;
 la nobleza suele dar
 alto sitio cuando intenta
 darle el pecho, mas si afrenta
 la posesión, no se estime,
 porque en la cruz más sublime
 un pájaro vil se asienta.
 Digo esto, y no sin razón,
 porque aunque con ella os veo
 adornar el pecho, creo
 que es cruz que está en el rincón;
 que puesto que ese blasón,
 que ilustre y noble os ha hecho,
 en vos es cruz sin provecho,
 pues, según dais los indicios,
 mil aves de torpes vicios
 se asientan en vuestro pecho.
 Yo, á lo menos, como suelo
 adorar la Cruz que ensalzo,

con reverencia la alzo
 la vez que la hallo en el suelo;
 como es insignia que el cielo
 reverencia, del lugar
 donde no es decencia estar
 la quito, y así al presente,
 por no ser lugar decente,
 la cruz os vengo á quitar.
 Que, pues tan torpe afrentáis
 mis vasallos, más castigo
 os darán, siendo testigo
 la cruz que al pecho lleváis.
 Cuando las honras quitáis
 á las doncellas, que en vano
 os dan nombre de tirano,
 sacáis vuestra infamia á luz,
 pues delante de una cruz
 el que peca es mal cristiano.
 En vos está mal empleada,
 y así vengo satisfecho,
 que la cruz de vuestro pecho
 quitará la de mi espada.
 Mi tierra llora afrentada
 por vos, y no será yerro
 que la cólera que encierro,
 la cruz os deje, si da
 hoy la muerte, y servirá
 de cruz para vuestro entierro.

- GUILLÉN. Cuando vi que con cruz tanta
 veníades, don Gastón,
 os juzgaba procesión
 que sale en Semana Santa.
 Mas no me admira ni espanta
 lo que os oigo, que el valor
 que á mi sangre da favor
 me enseña en vuestras querellas
 que santiguándoos con ellas
 mostráis tenerme temor.
 Quistión será peregrina
 la que empezáis, dándoos luz
 por la señal de la cruz
 como niño de doctrina.
 Dad en eso, que es divina
 traza, y en vos señalada;
 predicad, no se os dé nada,
 tendrá por nuevo favor
 en vos un predicador,
 Aragón, de la Cruzada.
 Que yo, más travieso y roto,
 de mi valor haré alarde,
 porque el hombre que es cobarde
 siempre da por lo devoto;
 si vuestra tierra alboroto
 mi gusto es, y está bien hecho,
 y si no estáis satisfecho,
 entrad con furia doblada
 por la cruz de aquesta espada
 á quitarme la del pecho.

(Echan mano.)

ESCENA XIV

Sale GALLARDO.—DICHOS.

- GALLARDO. Don Guillén: á Montalbán
 ha puesto fuego Estercuel;

- acude al remedio dél,
 mira los gritos que dan.
 GUILLÉN. Hazañas vuestras serán
 éstas, y vendréisnos luego
 á predicar con sosiego
 cruz, valor, fe y opinión,
 cuando pegáis á traición
 á vuestros vecinos fuego.
 Pero agradeced ahora
 que ayuda mi gente pida,
 dándoos término de vida,
 á mi pesar, por un hora.
 GASTÓN. La injuria, que es labradora,
 se ha vengado desta suerte.
 Id, que en ceniza convierte
 la hacienda que os atropella,
 que cuando volváis sin ella
 entonces yo os daré muerte.

(Entranse por puertas diferentes.)

ESCENA XV

Sale LAURENCIA de hombre y los BANDOLEROS.

- LAUREN. En otro tiempo sintiera
 haber dado en vuestras manos;
 pero ya agravios villanos
 me mudaron de manera,
 que estoy contenta en extremo,
 Roberto, de andar con vos,
 por que venguemos los dos
 agravios que ya no temo.
 Bandolero sois, Roberto,
 que desta suerte se alcanza
 en Aragón la venganza.
 Don Guillén mi honor ha muerto;
 vengadme dél y cobrad,
 si es deuda una obligación,
 de mí la satisfacción
 en oro de voluntad.
 Vuestra soy desde este día,
 sin honra ni fama estoy
 mientras venganza no doy,
 Roberto, á la afrenta mía.
 Nadie me llame Laurencia,
 que soy hombre en restaurar
 mi honra, si fuí en amar
 mujer de poca experiencia.
 En este traje pretendo
 serviros, acompañaros,
 suspenderos, asombraros,
 y si en mi amor os enciendo
 yo os pagaré de manera
 que, no quedándoos deudora,
 si me amasteis labradora
 me queráis más bandolera.
 ROBERTO. Cuando no haya yo ganado
 con los bandos que profeso
 sino el escucharos eso
 y el traerlos á mi lado,
 dando deleite á mis ojos,
 entretenimiento á amor,
 al pecho esfuerzo y valor
 y á la voluntad despojos,
 tengo por ser bandolero
 más dicha que por ser rey.

- Compañeros: haced ley
 de mi gusto: desde hoy quiero
 que mi Laurencia nos mande;
 ella es nuestro capitán.
 BAND. 1.º Si por caudillo nos dan
 un sol, en dicha tan grande,
 ¿quién habrá que nos resista?
 ¿Y qué presas no esperamos
 si á cuantos vengan les damos
 con este sol una vista?
 BAND. 2.º Yo la estimo y reverencio.
 ROBERTO. ¡Laurencia viva! decid.
 TODOS. ¡Viva Laurencia!
 LAUREN. Advertid
 que he de llamarme Laurencio,
 y que de Roberto soy
 amorosa compañera;
 pero con los demás fiero
 leona y tigre desde hoy.
 No ha de quedar hombre á vida
 de cuantos á nuestras manos
 vinieren, ya sean villanos,
 ya de sangre conocida;
 que quiero, por estos modos,
 ya que mi amor banderizo,
 que el mal que un hombre me hizo
 lo vengan á pagar todos.
 ROBERTO. Tu gusto es, mi bien, el nuestro.
 LAUREN. No imagine don Guillén
 que su villano desdén,
 si en torpezas está diestro,
 se ha de quedar sin castigo.
 ¡Vive Dios! que ha de saber
 que una ofendida mujer
 es el mayor enemigo.
 BAND. 1.º Gente parece que viene.
 LAUREN. ¡Ojalá fuera el primero
 mi ofensor!

ESCENA XVI

Salen DON GUILLÉN y GALLARDO.—DICHOS.

- GUILLÉN. El fuego fiero
 mi tierra asolada tiene.
 ¡Vive Dios que aquesta afrenta
 la tengo de castigar,
 si España vuelve á llorar
 de su pérdida sangrienta (1)
 segunda vez el destroz!
 De enojo y cólera ardo;
 yo haré en Aragón, Gallardo,
 que se le convierta el gozo
 de don Gastón en tristeza;
 yo le allanaré á Estercuel
 por el suelo.
 GALLARDO. Hazaña cruel,
 indigna de su nobleza,
 ha sido; mas ¡vive Dios!
 que, según los dos andamos,
 no es mucho que nos perdamos
 en esta ocasión los dos.
 Los llantos de las doncellas,
 que yo te he solicitado

(1) En el original «afrenta»; pero es notoria errata.

y tú sin razón logrado
han llegado á las estrellas.
Dios por ellas nos castiga.
ROBERTO. Ténganse y las armas den.
LAUREN. ¡Cielos, este es don Guillén!
Pues mi deshonra os obliga
hoy verá Aragón en mí
que un agravio basta á hacer
tigre hircana á una mujer.
GUILLÉN. ¿Qué es esto?
GALLARD. Purgar aquí
lo que pecamos los dos;
los que ves son bandoleros.
GUILLÉN. ¿Hay más males, cielos fieros?
Mas tengo ofendido á Dios,
no me espanto.
LAUREN. Don Guillén:
¿conocéisme?
GUILLÉN. Si creyera
los ojos, que eres dijera
Laurencia.
LAUREN. Y dijeras bien.
GUILLÉN. Pues ¿cómo? ¿Tú en este traje?
LAUREN. De tu amor vil le aprendí,
y por parecerme á ti
en el oficio y lenguaje,
cual ves me vuelvo en razón;
que, como ser ladrón quieres
del honor de las mujeres,
de ti aprendo á ser ladrón.
Cual bandolero asaltaste
mi honor, que era peregrino,
y saliéndole al camino
una joya le quitaste
que todo mi ser valía;
y cual suele el bandolero,
en sacándole el dinero,
la bolsa arrojar (1) vacía,
ingrato me despreciaste;
que la mujer sin honor
es un vaso sin licor,
y como tal me arrojaste.
Yo, pues, que por ti ofendida
á ser salteadora aprendo,
quitarte agora pretendo
la vil y bárbara vida.
Y sirviendo de cadalso
un roble, cual tú cruel,
te mandaré colgar dél
como hacen al peso falso.
GUILLÉN. Laurencia: humilde confieso
mi crueldad y ingratitud;
mas tu prudencia y virtud
perdonen mi poco seso,
que no querrás dar la muerte
á quien tanto un tiempo amaste.
LAUREN. ¡Qué mal mi amor aplicaste!
Con él pienso convencerte.
La miel de un panal sabroso,
si se corrompe, en acíbar
convierte su dulce almíbar;
del vino más generoso
sale el vinagre mejor,
y á este modo, don Guillén,
se engendra el mayor desdén

(1) En el original «sacar», errata evidente.

del más firme y puro amor.
El corazón, ¡vive Dios!
té he de sacar y comer.
GALLARD. ¿Y de mí qué vendrá á ser?
¡cielos!
LAUREN. Venid acá vos,
que sois corredor de oreja,
de vicios casamentero,
de juegos torpes tercero,
el que la ropa que deja
vuestro señor os vestís,
alzáis del deleite platos,
calzáis sus rotos zapatos
y de su sombra os cubrís.
Venid acá.
GALLARD. De rodillas
puestas las manos, Laurencia,
Gallardo os pide clemencia.
No armaré desde hoy pandillas.
LAUREN. Sois un gran bellaco.
GALLARD. En esto
no hay señora que negar,
es virtud el confesar,
yo pecador lo confieso.
LAUREN. Tenéis muy bellacos hechos.
GALLARD. ¿Qué mucho si en mí repara
teniendo tan mala cara?
LAUREN. ¡Y qué mala!
GALLARD. Los deshechos
del mundo, porque se asombre
de lo que alego en mi abono,
mi padre iba á hacer un mono
y por yerro hizo en mí un hombre.
Mire este rostro de cerca
si con gana de reír viene,
que cuando está mejor tiene
color de gamuza puerca.
La nariz, segunda Roma
que porque no me la hurtasen
los que á envidialla llegasen,
me la remachó Mahoma.
Los ojos de cuya lumbre
son las dos niñas morenas,
de sangre y lagañas llenas
por venirles su costumbre.
Y porque vea mi trabajo,
en tres ojos con que vengo,
sepa que almorranas tengo,
así arriba como abajo.
¿Quién de un hombre tal pensara,
aunque más le persiguieran,
que almorranas le nacieran
en los ojos de la cara?
Pues la boca, y dentadura
en ella, una moza echó
el servicio, que creyó
ser carretón de basura.
Los hociquitos dirán,
según son gordos y bellos,
yo muy rubio, y belfos ellos,
que soy inglés ó alemán.
Las manos cándidas, pues
que lisas, blandas y bellas,
por anillos traigo en ellas
los juanetes de los pies.
Pues el talle de bacique,
segundo Brunelo en todo,

que no hay dicho, mote, apodo
que al propio no se me aplique.
Pues si por el cuerpo saca
el alma que en él está,
¿qué tal el huésped será
de posada tan bellaca?
Por eso en el alma aguardo
lo que mi cuerpo promete;
traidora ella, él alcahuete,
y un bellacón, Gallardo,
Pues yo me culpo y me riño,
perdoneme, que si erré
como mozo y niño fué.
ROBERTO. ¡Válgate el diablo por niño!
BAND. 1.º ¿Tú niño? De Satanás.
LAUREN. Roberto: hoy tienes de ver
nuevas crueldades hacer,
sin que asombre al mundo más
Falaris, Sila ó Nerón,
porque aventajallos quiero.
ROBERTO. Si amorosa eres cordero,
injurada eres león.
Pues tengo dicha en quererte,
yo haré como no enojarte;
pues viviré en agradarte
y moriré en ofenderte.
LAUREN. Tráeme atados estos dos,
imaginaré tormentos
tan nuevos como sangrientos.
GUILLÉN. ¡Paciencia, cielos!
GALLARD. ¡Par Dios,
que es muy linda tu paciencia!
GUILLÉN. Pagaré locuras mías.
GALLARD. Yo engaños, bellaquerías,
mala vida y peor conciencia. (Vanse.)

ESCENA XVII

Sale MAROTO.

Soledades discretas,
si es discreción comunicar con pocos
pasiones que secretas
dicen á voces, bárbaros y locos,
con vosotras me entiendo
que habláis callando y regaláis riendo.
Cautivar me quería
quien envidioso está de mi ventura,
con triste compañía,
pues suele ser prisión una hermosura
que con dulces cadenas,
tal vez da por un gusto dos mil penas.
Más precio yo, mi prado,
ser rey de vuestras flores y belleza,
tejiendo coronado
guirnalda que regalen mi cabeza,
entre el arado y bueyes
que la diadema avara de los reyes.
Más precio los vasallos
de mansas ovejuelas y corderos,
que en coches y caballos
la adulación de hechizos lisonjeros
donde el engaño mira
que á la verdad oprime la mentira.
Más precio el pan moreno
con la cebolla y rústico tasajo,

que el banquete más lleno,
pues con la dulce salsa del trabajo
sustento mi alegría,
sin miedo de la torpe apoplegia.
Más precio, cuando ordeño
las cabras en el tarro que en él eche,
para brindar al sueño,
el pecho que sus pechos paga en leche,
licor blando y sabroso,
que el vino más caliente y generoso.
Oh, soledad hermosa
con vosotras estoy solo casado,
no quiero tener esposa,
que la quietud de vuestro alegre prado
alivia mis desvelos
y conserva el honor sin tener celos.

ESCENA XVIII

Salen LAURENCIA y los BANDOLEROS.—DICHOS.

LAUREN. Atados en estos robles
servirán de puntería
hoy á la venganza mía
y á vuestras pistolas dobles.
Tirarán los pedreñales,
en señal de mi dureza,
al blanco de su torpeza,
pues fueron los dos iguales.
Al pedernal duro y ciego
que descalabró mi honor,
pues como su torpe amor
á puros golpes da fuego.
ROBERTO. Mi Laurencia: haz sacrificio
de quien le hizo de tu fama,
su sangre torpe derrama;
que ya su muerte codicio,
en fe que de don Guillén
estoy celoso y cobarde,
porque al fin se olvida tarde
lo que se ha querido bien.
LAUREN. Bien dices, cuando la injuria
no llega á quitar la honra;
pero el amor que deshonra
sus llamas convierte en furia.
Mas ¿quién es éste? Aguardad.
ROBERTO. Un pastor grosero y roto.
LAUREN. ¿Este, cielos, no es Maroto?
Pues ya soy toda crueldad;
que (1) por mujer no me quiso
cuando guardarme pudiera
y mi honor en pie viviera;
pagará su poco aviso.
Prendelde.
MAROTO. ¿Qué es esto? ¡Ay cielo!
LAUREN. Laurencia, villano, soy.
MAROTO. Sea en buena hora, y yo le doy
el parabién sin recelo,
de ver que se ha vuelto hombre;
que á fe que Dios la ha sacado
de mujer que es de pecado,
y pues en el traje y nombre
se ha convertido en varón,
dele barba Dios también,

(1) En el original «yo».

que no será hombre de bien si se convierte en capón.

LAUREN. A lo menos no lo fuera si yo os dejara con vida.

MAROTO. Pues ¿qué le he hecho yo?

LAUREN. Ofendida me tenéis (1).

MAROTO. No hay mandamiento de casarásste.

LAUREN. Tormento, atado, aquí os han de dar.

MAROTO. ¿Porque casar no me quise?

LAUREN. Colgádmelo de ese olivo.

MAROTO. ¡Mas arre allá, que estoy vivo!

LAUREN. En su mismo daño avise. Ea, colgalde.

MAROTO. ¡Mas no nadal ¿No ve que falta escalera? Mas, pues me ahorca soltera, ¿qué hiciera estando casada?

LAUREN. Vivir honrada con vos, sin llorar mi honor enojos.

MAROTO. Si me sacara los ojos tuviéramos paz los dos; que los maridos al uso, y más si son cortesanos, no tienen ojos ni manos, que el oro vendas les puso. Y de mi cura he sabido que Dios sanó, porque pudo, uno ciego, sordo y mudo, que pienso que era marido.

LAUREN. Acabad, colgalde.

MAROTO. Atajo es del cielo, no me espanta; más vale de la garganta ser de un olivo colgajo, que serlo en esta ocasión de la cabeza.

ROBERTO. ¡Simpleza notable!

MAROTO. De la cabeza quedó colgado Absalón, y si maridos pasaran como él, quizá los más dellos, que traen ganchos por cabellos, colgados también quedarán.

ESCENA XIX

Sale un BANDOLERO.

BAND. 1.º Mira, Roberto, por ti; que todos estos lugares, para vengar sus pesares, se van convocando aquí. Procura hacer resistencia ó embocarte en la espesura.

ROBERTO. ¿Qué haremos?

LAUREN. Probar ventura; hoy veréis quién es Laurencia. En matando á don Guillén, acometerlos podremos

(1) Faltan dos versos en el original para completar esta redondilla y empezar la que sigue.

para que ricos quedemos, que huir no parece bien.

ROBERTO. Moriré determinado de defender tu beldad.

LAUREN. A ellos, pues, y dejad aquí este villano atado. Pero no, venga conmigo, que si vitoria alcanzamos de los que á acometer vamos, después le daré castigo. (Vanse)

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen LIRANO, MARBELLO y MAROTO.

LIRANO. No fué nada; huyeron todos; y aunque han ido por más gente, cuando asaltarnos intente no nos han de faltar modos, si nos llevasen ventaja, para emboscarnos, que aquí todo es monte.

MARBEL. Es así; pero entre tanto que baja la aragonesa cuadrilla, de aqueste olivo colgad ese hombre.

MAROTO. ¿Y que es verdad que á vista de nuesa villa me quieren ahorcar?

LIRANO. De noche es, no hay que tener temor que os salgan á dar favor.

MAROTO. Porque una mujer reproche y con ella no me caso, ¿es justo matarme así?

LIRANO. Mándalo Laurencia.

MAROTO. Aquí de un salto hasta el cielo paso. Pero, pues hemos llegado á hablar verdades, más quiero morir ahorcado, soltero, que estar vivo y ser casado. Olivo: de mi fortuna os doled, mirad mi daño, que no dáis buen fruto hogaño ni Maroto es aceituna para que de vos colgado imitéis en tales dudas al saúco de do Judas dicen que estuvo ahorcado.

MARBEL. Atalde mientras que apresto el cordel.

MAROTO. ¡Aquí del Reyel! Porque no me caso ¿es ley? ¿Es justicia?

MARBEL. Acabad presto; pero, escuchad, que parece que hay ruido de batalla.

VOCES. (Dentro.) ¡A ellos, mueran, que es canalla!

OTRAS. ¡Mueran!

LIRANO. El peligro crece.

MARBEL. Dejalde atado, y después volveremos á acabar lo empezado.

LIRANO. Si el lugar no le libra.

MARBEL. Vamos, pues. (Vanse y dejan atado á Maroto.)

ESCENA II

MAROTO solo.

¡Madre de Dios, siempre he sido amigo y vuesto devoto; porque no quiere Maroto ser de una loca marido, me matan, Madre de Dios! Toda boda es peligrosa, yo no quiero más esposa ni más amores que á vos; las demás que esposas son las manos y libertad atan, que al fin es verdad que toda esposa es prisión. Pero vos, que á los humanos desatáis libertadora, pues que sois mi esposa agora desatad mis pies y manos. Que porque no me maltrate quien mi muerte sentenció, si así una mujer me ató otra es bien que me desate. (Ábrese un olivo, y entre sus ramas está una imagen de Nuestra Señora de la Merced.)

ESCENA III

NUESTRA SEÑORA y MAROTO.

VIRGEN. ¡Maroto!

MAROTO. ¡Ay, Dios! ¿Quién me nombra?

VIRGEN. Alza alegre la cabeza.

MAROTO. ¿Quién sois, divina Señora?

VIRGEN. Quien tu fe y devoción prueba. *La Dama del Olivar* ha de llamarme esta tierra, consagrándola mi nombre y honrándola mi presencia. El olivo significa misericordia, y la Iglesia se alumbra con su licor. Misericordia es clemencia, la clemencia á nadie mata, siendo esta verdad tan cierta, necio es quien en este olivo darte muerte ciego intenta. Yo, que al fin soy la paloma que en el diluvio y tormenta, que en el mar de los pecados todos los hombres anega, desde el arca de Noé,

de la ley de gracia nueva, el ramo de oliva traje que anuncia la Pascua eterna. Aquel pimpollo admirable, ramo de la oliva inmensa, que siempre verde y florido el tronco del padre engendra. Aquel ramo que plantó el labrador que sustenta los cielos en mis entrañas, sin que humana obra se atreva á poner en su labor la mano, porque en vez della es el Espíritu Santo quien la planta y quien la riega. Aquel engerto divino, que de dos naturalezas en un supuesto dá el fruto que sana el que comió Eva. En fin, yo la oliva soy que á Dios hombre cría y lleva, que es aceite derramado en el lugar de la iglesia. Yo, pues, que en ella quedé por legítima heredera, por ser Hija, Madre, Esposa, de los tres que en uno reinan, he plantado un olivar, que puesto que agora empieza á crecer, se extenderá por el orbe de la tierra. Cuatro frutos dará al año, aunque de especies diversas, porque su fertilidad cause asombro á quien la vea. Será el primero sabroso por el voto de pobreza, que aunque la forzosa amarga, la voluntaria deleita. Pues no sin causa la oliva es amarga á quien la prueba verde, y después por sabrosa honra la más noble mesa. Tras este fruto se sigue el segundo de obediencia, mortificando sus gustos á la voluntad ajena: que por eso la aceituna, que es su símbolo, se quiebra, muele, parte y martiriza en el lagar y la prensa, de donde el aceite puro se saca, que á Dios recrea; que después de los trabajos ofrece luz la paciencia. El tercero es castidad, fruto que la palma lleva á todas cuantas virtudes á los santos hermosean. Que no sin causa el aceite, si con el agua le mezclan, á otro licor le juntan, por más que con él le envuelvan siempre está encima de todos; que siendo el cielo su esfera, como rey de las virtudes sobre todas triunfa y reina.

El cuarto la caridad,
emperatriz que gobierna
los cielos y rige el mundo;
fuego que abrasa y no quema;
luz que alumbra á todo hombre;
que, en fe desto, en nuestra iglesia
da luz de noche y de día
y el fuego de amor sustenta.
Redimirá aqueste fruto
los cautivos que atormenta
el blasfemo y torpe amor,
para que con fama eterna,
llamándose Redentores,
den sus vidas y su hacienda
por sus hermanos, que oprimen
las crueldades sarracenas.
Darán para ellos sus vidas,
quedándose en sus cadenas,
porque ellos salgan seguros,
virtud excelente y nueva.
Pero, en fin, como la oliva,
que toda á todos se entrega
dejándose hacer pedazos,
dando sus entrañas mismas,
llamaráse este olivar
de la Merced, porque en ella
la han de hallar sus oprimidos,
blasón que ha de ennoblecerla...
Y para que estimes más
esta heredad, que comienza
desta tierra á florear
con divinas influencias,
un Rey es su labrador
para que más se ennoblezca;
mira cómo con sus armas
la autoriza su nobleza.
Don Jaime el Conquistador,
que entra triunfando en Valencia,
le planta y le da principio,
¿qué maravilla que crezca?
Del pecho piadoso nace
de Pedro Nolasco, piedra
fundamental, que promete
en el valor y firmeza.

(Con los Santos y corona que refiere ha
de estar adornado el árbol.)

Por primicias de ese fruto
es la primer fruta nueva
otro Pedro de Armengol,
que dél, como oliva cuelga.
Un Ramón es verde rama
que mi olivar fértil echa,
no nacido y milagroso
que con un candado cierran,
porque tal aceite y fruto
en fe de lo que se precia,
con candado ha de guardarse
para dar luz á mi Iglesia.
Un Serapión es esotro,
oliva sabrosa y tierna,
que en el lugar del martirio
descoyuntan y atormentan.
La corona que remata
este olivo, á todos muestra
que es real, militar y noble,
para que á todos exceda.
Siendo, pues, de tal valor

esta heredad, porque tenga
lo necesario, he querido
que aquí se labre una iglesia
donde mi aceite se guarde,
y con mi misma presencia
se autorice en Aragón
que á esta Orden sirve y precia.
Ve, pues, pastor, á Estercuel,
su gente convoca, y llega
á su señor, mi devoto,
llama y diles que aquí vengan,
y este sitio me dediquen
con un templo, donde vean
mi imagen, que en este olivo
como en su trono se asienta,
y dándole á la Merced
estimen la merced nueva
que les vengo á hacer propicia,
y tú, por que goces della,
pues por esposa me elijas,
el ganado y campos deja,
y sírveme en esta casa,
pues el que me sirve reina.

(Encúbrese.)

MAROTO. ¡Oh visión digna de espantol
pues que me libras y sueltas
y tengo en ti tal esposa,
dete alabanzas mi lengua.
A hacer voy lo que me mandas:
Religión piadosa y tierna,
yo os serviré desde hoy más.
Olivar de fama eterna,
desde hoy quedará memoria
que celebre tu grandeza,
la *Dama del Olivar*,
de amor y de dichas prenda. (Vase.)

ESCENA IV

Sacan á DON GUILLÉN los LABRADORES, y salen DON
GASTÓN y DOÑA PETRONILA.

NISO. Huyeron los bandoleros,
y á dos encinas atados,
para pagar sus pecados,
aquestos dos lobos fieros
de nuestras tiernas ovejas
se dejaron.

CORBATO. Permisión
del cielo, pues ellos son
la causa de nuestras quejas.

GASTÓN. A mi poder, don Guillén,
la fortuna os ha traído,
y aunque de vos ofendido
querellas justas me den
mis vasallos, y pudiera
satisfacella con vos,
el valor que me dió Dios
mi agravio no considera.
Sin mi gusto á Montalbán
os quemaron mis vasallos,
que no pude refrenallos,
porque ofendidos están.
Que cuando la injuria es tal,
las riendas del tiento pierde,
y un perro con rabia muerde

ESCENA V

DICHOS, menos DOÑA PETRONILA y DON GUILLÉN.

NISO. Hacéisnos señor merced.
¡Yo os juro á San...! alcahuete,
que heis de pagarlo.
GALLARD. Hoy promete,
Gallardo, enmienda. Tened,
lástima deste lacayo.
CORBATO. Allá lo veréis, venid.
ARDENIO. No le saquéis, advertid,
sangre.
NISO. Yo os voto á mi sayo
que la afrenta de Laurencia
nos la habéis hoy de pagar.
ARDENIO. No le podréis azotar
mientras no mos den licencia
de sacarle sangre.
NISO. Bueno;
desnúdele yo una vez,
que siendo como la pez
dentro, y de fuera moreno,
en él quebrará mi cinta
sin miedo que se desangre,
porque éste no tiene sangre,
sino en lugar della, tinta.

(Llévante.)

ESCENA VI

Sale MAROTO.—DICHOS, menos GALLARDO.

MAROTO. Señor: dad gracias al cielo
y vuestra dicha estimad,
en vuestra misma heredad
para premiar vuestro celo,
un tesoro hay encerrado
que con él rico quedéis.
NISO. ¿Tesoro?
MAROTO. Un tesoro he hallado
en el olivar.
GASTÓN. Maroto:
¿qué decís? ¿estáis en vos?
MAROTO. No hay cosa, después de Dios,
que valga tanto.
CORBATO. Remoto
venís de vuestro juicio.
ARDENIO. ¿Qué tesoro puede haber
que tanto llegue á valer?
MAROTO. Ni el sol, á quien sacrificio
hicieron tantas naciones,
ni del cielo el mejor santo,
ni un serafín vale tanto;
si no creéis mis razones
venid, y sobre un olivo
veréis la Fénix que es una,
la Estrella del mar, la Luna,
la que es Hija de Dios vivo,
de Dios vivo Madre hermosa,
de Dios vivo Esposa bella,
porque se encierran en ella
ser Hija, Madre y Esposa.
Atado en él me dejaron

con ser tan fiel animal.
Mostrara ser caballero
agora, y libre os dejara,
si en daño no resultara,
como sabéis, de tercero.
Pero haciéndolo, provoco
todo el lugar de Estercuel,
y ya sabéis cuán cruel
es un pueblo y vulgo loco.
Mientras Laurencia parece
y se aplaca tanto exceso,
será razón que estéis preso,
y el alcaide que os ofrece
mi nobleza, es á mi hermana,
que en regalo y cortesía
dará muestras que lo es mía.
GUILLÉN. Libertad mi suerte gana
con ser yo su prisionero;
y aunque estimo este favor,
sois caballero mayor
y en Aragón el primero,
bien pudiérades mostrar
vuestro poder por mil modos,
que vuestros vasallos todos,
son de bien y mal pasar
y á vuestro gusto obedientes.
Cuando libertad me deis
han de aprobar lo que hacéis
sin mirar inconvenientes;
pero hacer podéis de mí
vuestro gusto, pues estoy
sujeto.

GASTÓN. Su señor soy,
mas el valor que adquirí
quiere, por más que me amen
si de bien y mal pasar
son, que los de este lugar
no de mal pasar se llamen.
Mas solo de pasar bien,
que cuando á regillos vengo,
los viejos por padres tengo
y por hermanos también
los mozos, porque es mejor,
para poder gobernallos,
hacer hijos de vasallos
y convertir en amor
el poder, que no han de dar
como encina el fruto á palos,
pues por fuerza saldrán malos
vasallos de mal pasar.

GUILLÉN. Enseñáisme, don Gastón,
á vivir por vuestro preso,
y obligado me confieso,
puesto que si mi prisión
goza de tal carcelera
más parece libertad.
PETRON. ¡Que tenga yo voluntad
á quien no la considera!
¡Oh, fuerza de un dios tiranol
libraréle, que es rigor
prender á quien tengo amor.
(Llévante y vase Doña Petronila.)

GASTÓN. Este queda en vuestra mano.
Como no le deis la muerte
ni saquéis sangre, vengad
en él vuestra voluntad
para que á enmendarse acierte.

los bandoleros crueles,
y rompiendo los cordeles
mis tinieblas alumbraron
sus rayos de luz divina;
mandóme que aquí viniese
y que á todos os dijese,
si servilla determina
nuevo dueño y Estercuel,
que una casa la edifiquen
y á la Imagen la dediquen
que es la flor y fruto dél,
y á los Padres Redentores
de la Merced se la den,
porque su Merced también
nos ha de hacer mil favores.
¿Hay tesoro que sea igual?
Venid conmigo y veréis
la verdad que no creéis.

CORBATO. No habéis vos bebido mal.
¡Ao, por santo se nos vende!
diz que la Virgen María
del cielo á hablarle venía.

ARDENIO. Sí, por cierto.

NISO. Bien lo entiende.

GALLARD. El, es verdad, que es buen hombre
y devoto, mas no tanto
que quiera hacérsenos santo
y con milagros asombre.
La imagen que España goza
á su Apóstol por lo menos
mostró sus ojos serenos
dando vida á Zaragoza
y renombre á su Pilar;
pero ¡á un pastor simple y toscol!

MAROTO. Que soy pecador conozco;
pero no habéis de mirar
mi indigno ser y bajeza,
que Dios desprecia tal vez
de los hombres la altivez
y antepone la pobreza.

GASTÓN. Cosas de milagro son,
Maroto, dificultosas,
y al crédito peligrosas;
mirad que será ilusión
del demonio, que ya sabe
transformarle en una cruz
y fingirse Angel de luz
porque de perderse acabe
el simple que es indiscreto;
vuelva vuestro seso en sí,
que éste será frenesí
ó ilusión vana.

MAROTO. En efeto
que la dicha que os ofrezco
¿no creéis?

NISO. Andad con Dios.

GASTÓN. Ni hasta aquí sois santo vos,
ni yo tanto bien merezco. (Vanse.)

MAROTO. En fin, no quieren dar fe,
dulce esposa, á mis palabras,
á mis ovejas y cabras
corrído me volveré.
Vos los podréis alumbrar
con otro mejor testigo
mientras yo adoro y bendigo
la Dama del Olivar. (Vase.)

ESCENA VII

Salen los LABRADORES con GALLARDO, y sacar un
vaso con una purga.—DICHOS, MENOS MAROTO y DOS
GASTÓN.

NISO. Ea, ténganle los dos,
que yo le he de dar tormento.

GALLARD. Señores míos, con tiento.

CORBATO. Calle.

GALLARD. Por amor de Dios;
ya saben que esto ha de ser
sin sacar sangre.

NISO. El humor
queremos sacar, traidor,
que bellaco os vino á hacer,
y á todos nos alborota.
Callad, y sufrí el castigo.

GALLARD. Sin sacar sangre les digo.

ARDENIO. No os sacarán ni una gota.

GALLARD. Pues ¿qué ha de ser?

NISO. Esta purga
habéis de beber aquí.

GALLARD. ¿Purgarme en salud á mí?

CORBATO. La bellaquería os hurga
allá dentro, y es razón
que quedéis limpio del todo.

GALLARD. No cumpliréis de ese modo
lo que manda don Gastón.

MONTAN. ¿Por qué?

GALLARD. ¿No dice que sea
sin que sangre me saquéis?

NISO. Sólo quiero que os purguéis,
nadie sangraros desea.

GALLARD. Esas razones son vanas,
pues mal me podréis purgar
sin que sangre venga á echar,
que estoy malo de almorranas.

MONTAN. No se entienda el mandamiento
de sangre que sin castigo
sale por roin postigo.

NISO. Tomad.

GALLARD. ¿Hay igual tormento?
Que he de morirme es notorio.

CORBATO. Purgad vuestro mal gobierno
y pasaréis al infierno
desde aqueste purgatorio.

GALLARD. Eso es fuera de razón;
al que al purgatorio pasa
el infierno no le abrasa.

NISO. ¿Pues eso no es de pasión,
que pasaporte os darán?

ARDENIO. ¡Vaya de purgal!

GALLARD. ¿No sabes
que purgarse sin jarabes
es mal hecho?

NISO. En Montalbán
os jaropeastes primero.

GALLARD. ¿Con qué?

NISO. Con bellaquerías,
jarabes todos los días
tomabais alcablero.

GALLARD. ¿Cuál es?

NISO. Guindas serenadas
con azúcar.

GALLARD. Yo, ¿qué es de ellas?

NISO. ¿No son guindas las doncellas

agridulces coloradas?

¿No las sacábades vos

de noche por el sereno?

¿Decid, cacique moreno,

y á la mañana los dos

las echábades traviesos?

GALLARD. Si son guindas las que escucho,
quien come guindas, no es mucho
que arroje después los huesos.

NISO. Jaropado estáis, purgar
os falta agora.

GALLARD. ¿No sabes
que la purga y los jarabes
siempre se han de confremar?
Si doncellas serenadas
me jaropan, ¡fuego en ellas!
los jarabes de doncellas
piden purga de casadas.

CORBATO. Bien rehusáis para vos.

NISO. ¿Aún ahí vos las tenéis?

Bebelda, si no queréis
que el cincho me quite.

GALLARD. ¡Ay, Dios!

¿No hay vinagre ó aceituna
con que la tome?

CORBATO. Esa cara
toda es vinagre.

GALLARD. Repara...

CORBATO. No hay reparación ninguna.

Abra la boca le digo.

GALLARD. ¡Puf!

NISO. Pues qué, ¿no huele bien?

GALLARD. Huele á ruibarbo y á sen.

NISO. ¡Eal!

GALLARD. ¡Dios vaya conmigo!

CORBATO. Agora que esto está hecho
venga y verá lo que falta.

GALLARD. El alma en las tripas salta.

NISO. Calle, que es de gran provecho.

GALLARD. Señores, hagan su oficio,
que si dónde no me dan,
de mi cámara serán
y estarán á mi servicio.

NISO. Allá lo veréis, veni.

GALLARD. Ya la prisa me provoca,
la purga tengo en la boca.

ARDENIO. No ha de colar por ahí.

GALLARD. Déjenme, pues.

MONTAN. ¡Bien, á fel!

Aún no sabéis el socoso.

GALLARD. No importa llevarme preso,
porque yo me soltaré. (Vanse.)

ESCENA VIII

Sale MAROTO.

MAROTO. Madre mía, Esposa mía,
yo llevé vuestro recado,
nadie crédito me ha dado,
que juzgan á hipocresía
mi buen celo. ¿Qué he de hacer?
Pena notable recibo.

(Aparécese Nuestra Señora.)

VIRGEN. Maroto.

MAROTO. ¿Sobre el olivo

os merezco otra vez ver?

VIRGEN. Vuelve y dile á don Gastón
que, estimando su ventura,
venga, y si gozar procura
tan celestial ocasión,
que aquí me labre una casa
y á la Merced se la dé.

MAROTO. ¿Cómo si no me dan fe
y es mi suerte tan escasa
que burlan de mi simpleza?

VIRGEN. Llégate, Maroto, acá;
agora te creerá.

(Vuelve la cabeza atrás y encúbrese.)

MAROTO. ¡Ay, Dios! ¿Qué es de mi cabeza?
¿Qué es de mi cara? No tiento
si cogote y colodrillo,
señora, si he de decillo,
¿con qué boca, con qué aliento?
Pero á las espaldas tengo
la cara que me torció
el rostro, y acá le echó,
un hombre hecho revés vengo.
Si Estercuel en mí repara,
de verme tendrá temor,
ó creerá que soy traidor,
pues llevo detrás la cara.
No la puedo revolver,
los carcañales me miro,
no sin ocasión me admiro,
¿cómo tengo de comer?
Adelante la barriga
y á las espaldas la boca.
¿Qué es esto? Simpleza loca.
¿Quién desta suerte os castiga?
Mas, pues me manda que acuda
la Virgen, así hecho un mostro,
y echándome atrás el rostro
en hombre al revés me muda,
y es mi cuello de tornillo
que alrededor se me anda,
vo á decir lo que me manda
y á hablar por el colodrillo,
que con señal semejante
me crearán, y de hoy más
los pies irán hacia atrás
para andar hacia delante. (Vase.)

ESCENA IX

Salen DON GUILLÉN y DOÑA PETRONILA.

DOÑA PETRONILA.

Ya, don Guillén, que vuestra carcelera
me hizo don Gastón, porque ha sabido
serlo mío el amor y llama fiero
que en fuego me abrasó, no agradecido
porque os privéis de tanta gente fiero
y pueblo que de vos se ve ofendido,
y os quiere aquí abrasar de enojo ciego,
siendo verdugo un fuego de otro fuego,
si palabra me dais de ser mi esposo
(puesto que en vos palabras viento sean),
de aqueste trance, fiero y peligroso,
sacaros quiero, porque todos vean
que en mí el amor es noble y generoso,
si el vuestro ingrato, y en piedad se emplean

mis pensamientos, dando en lo que hoy hago á vuestra ingratitud diverso pago.

DON GUILLÉN.

Hermosa Petronila, arrepentido de tantas travesuras como he hecho, jamás han de borrar tiempo ni olvido favores nobles de ese hidalgo pecho; á vuestra voluntad estoy rendido y de amor tan notable satisfecho; ya preso quede, ya me deis la vida, á vuestro amor desde hoy queda rendida. Si en mí tiene valor el juramento, por la cruz que ennoblece aqueste lado, á quien servir desde hoy humilde intento, si hasta aquí indignamente la he llevado, por el cielo y su hermoso firmamento, por esos ojos, en quien han hallado mis travesuras fin, mi amor reposo, de ser, agradecido, vuestro esposo.

DOÑA PETRONILA.

Pues por este portillo, que secreto sale al campo y ninguno le ha sabido, podéis libre salir, y tenga efeto lo que me habéis jurado y prometido.

DON GUILLÉN.

Si en Montalbán me veo, yo os prometo de dar orden al punto, agradecido, al desposorio que á mi amor conviene.

DOÑA PETRONILA.

Salid, pues; mas ¿qué es esto? Gente viene.

ESCENA X

Sale GALLARDO.—DICHOS.

GALLARD. Desátame aquestas manos, señor, por amor de Dios; desatacadme los dos.

GUILLÉN. ¡Lleve el diablo á los villanos! ¿Es tiempo éste de locuras? ¿Qué dices?

GALLARD. ¡Ay!

GUILLÉN. ¿Qué es esto?

GALLARD. Desatadme presto, presto.

GUILLÉN. ¿Qué hay, pues?

GALLARD. ¡Bravas apreturas!

Hay, que el ruibarbo me hurga las tripas, ¿quién vió purgado, señor, jamás atacado?

GUILLÉN. ¿Qué tienes?

GALLARD. Estoy de purga.

Córtame estas agujetas, ó sin ser juez, ¡vive Dios! que me provea en los dos.

GUILLÉN. ¿Qué te han hecho?

GALLARD. Si me aprietas será fuerza que me afloje.

PETRON. Ya sueltas las manos tienes.

GUILLÉN. ¿Cómo de esa suerte vienes?

GALLARD. Cuando menos me congoje este mal, te lo diré. Más tienen de dos mil nudos

aquestos lazos cornudos, mas, par Dios, que los corté. Aguarda, que luego vuelvo á contarte lo que pasa.

(Vase.)

GUILLÉN. Ahora que el sol abrasa en no salir me resuelvo.

PETRON. De noche será mejor, no te sientan los villanos.

GUILLÉN. Yo agradeceré á tus manos mi vida, ser y favor.

ESCENA XI

Sale GALLARDO.—DICHOS.

GALLARD. Ya que aliviado me siento, cumpliendo en este discurso, señor, con el primer curso sin estudiar, va de cuento. Mandó á aquestos villanotes don Gastón que se vengasen en mí, sin que me sacasen sangre; libréme de azotes y toda mutilación; mas hallaron un tormento... Mucho aprieta este argumento, voy á darte solución.

(Vase.)

GUILLÉN. Si ha de sentir vuestro hermano que me libréis...

PETRON. Don Guillén: mi hermano me quiere bien, y es tan noble y cortesano, que si los dos nos casamos será extraño su contento.

ESCENA XII

Sale GALLARDO.—DICHOS.

GALLARD. Pero hallaron un tormento (aquí pienso que quedamos) para mi daño y su risa, y fué purgarme, atacarme... ¡Válgate el diablo por prisal!

(Vase.)

ESCENA XIII

Sale DON GASTÓN.—DICHOS, menos GALLARDO.

GASTÓN. A ver hermana del modo que vuestro preso guardáis he venido, y pues estáis con tal cuidado el día todo sin que le perdáis de vista, no por descuido se irá.

PETRON. Preso, hermano mío, está, sin que se queje ó resista. En la obligación que os tiene deseoso de pagar en cosa que os ha de dar gusto, y á mí me conviene.

GUILLÉN. Vuestra hermana y mi señora (puesto que es mi carcelera) interceder por mí espera

y ser mi procuradora. Y yo, si deste lenguaje usar con ella es razón, con el alma y corazón le pagaré el carcelaje.

GASTÓN. Si yo os veo, don Guillén, con el sosiego que es justo, tendré en eso mucho gusto.

ESCENA XIV

Sale MAROTO con la cabeza torcida.—DICHOS.

MAROTO. Cuantos me escuchan y ven se admiran de la postura de mi cabeza trocada.

GASTÓN. ¿Qué es esto?

MAROTO. Una cabezada que hoy me ha dado mi ventura. Como todos ponéis duda en mi grosera simpleza y habéis dado de cabeza, mi cabeza, cual veis, muda, la *Dama del Olivar*, para que tanto portento hoy os sirva de escarmiento y la vengáis á buscar. Asíome con ambas manos, y como es de barro el hombre (porque este caso os asombre y me deis fe más humanos) de una vuelta que me dió, cual si fuera de tornillo, acá me echó el colodrillo y acá la cara me echó.

Dice que esto sea señal de que en el olivo hermoso os espera, y que un famoso convento, en fábrica real, la labréis allí en que viva, que su sagrario ha de ser el olivo, donde á ver vaya Aragón esta oliva; que á los padres Redentores se entregue la dicha casa, por ser gente que á Argel pasa y con divinos fervores como olivos frutifican en la casa de su Dios. Patrón habéis de ser vos si este templo la fabrican dejando el blasón aquí eternamente fundado del renombre que ha ganado la sangre de Bardají.

GASTÓN. ¡Caso nuevo!

PETRON. ¡Gran milagro!
GASTÓN. ¡Virgen santal don Gastón os pide humilde perdón; yo desde agora os consagro esa casa, que ha de ser honra de mi descendencia; no perdamos tal presencia; venid don Guillén á ver esta nueva maravilla. Suelto estáis, que no es razón

que nadie quede en prisión si está la Reina en mi villa.

GUILLÉN. Debidas gracias os doy.

GASTÓN. A la Virgen se las dad.

GUILLÉN. Pagaré la libertad, Petronila hermosa, hoy con quedar de nuevo preso en el lazo y yugo santo vuestro, si merezco tanto.

PETRON. Mi ventura estriba en eso.

ESCENA XV

Sale GALLARDO.—DICHOS.

GALLARD. En fin, las manos atadas y la purga en la barriga...

GASTÓN. ¿Qué es esto?

GALLARD. Es cierta fatiga de tripas alborotadas.

GASTÓN. ¡Gallardo! descolorido estáis: ¿habraos maltratado esta gente?

GALLARD. Hanme sacado el alma á traición.

GASTÓN. ¿Qué ha sido?

GALLARD. Escarmentar desde hoy más de alcahuetar á ninguno.

GASTÓN. Pues ¿qué es?

GALLARD. Un mal importuno, mal de madre por detrás. Poeta, señor, me he vuelto, que en lugar de redondillas á pares las seguidillas echo, y mucho verso suelto. Que me declare, dirás, y así á lo pulido digo que vengo por más castigo con vómitos por detrás.

GASTÓN. ¡Buen humor!

GALLARD. El bueno y malo he purgado, ¡vive Dios!

GUILLÉN. Suelos estamos los dos.

GALLARD. Para ti será regalo que, en fin, por tu vida has vuelto; mas yo que con tal pasión, sin cadenas ni prisión, cada momento me suelto, ¿qué he de hacer? Pero ¿qué es esto? ¿Quién la cara os puso así?

MAROTO. Vamos, señores, de aquí; así el cielo me la ha puesto.

GALLARD. En eso nos parecemos los dos, sin ser Galalón, que las caras á traición y la enfermedad tenemos.

GASTÓN. Virgen, yo os haré una casa en que os sirva la Merced. ¡Vos á todos nos la haced!

GUILLÉN. Desde hoy vuestro amor me abrasa, doña Petronila hermosa, y dejando travesuras he de fundar mis venturas en teneros por esposa.

GALLARD. Yo me holgara si tuviera la cara atrás como vos,

que desta suerte, par Dios,
que lo que purgara viera. (Vanse.)

ESCENA XVI

Salen los VILLANOS.

NISO. ¿Mi Laurencia bandolera
después de estar deshonrada?
¿Y no ha de ser castigada
la torpeza infame y fiera
de quien ha sido ocasión
de tanto mal? ¿Esto es bien?
Si no mata á don Guillén
y me venga don Gastón
tendré causa contra él justa.

ARDENIO. Don Gastón de Bardají
es noble y cuerdo, y así,
pues de traiciones no gusta,
cumplirá con vuestra queja
como, en fin, nuestro señor.

NISO. No hay satisfacción de honor
si vivo á don Guillén deja;
pero, esperad, ¿qué tropel
de gente es ésta que aquí
sale? ¿No es don Gastón?

CORBATO. Sí,
y casi todo Estercuel
le acompaña.

NISO. ¿A qué vendrá?

MONTAN. Quizá viene á dar castigo
al cruel.

CORBATO. También lo digo.

ARDENIO. Si el señor de Montalbán
muere, yo quedo contento.

NISO. Y yo haré que mi Laurencia,
alegre á nuesa presencia,
trueque en gozo mi tormento.

ESCENA XVII

Salen todos los que pudieren.--Dichos.

MAROTO. Este es el olivo santo
donde vi la vez primera
y la segunda á la Virgen
que me torció la cabeza.
Aquí la tenemos de hallar.

GASTÓN. Hinquemos todos en tierra
las venturosas rodillas,
y con oraciones tiernas
la Salve todos digamos,
porque obligada con ella
nuestra ventura asegure
mostrándonos su presencia.

PETRON. Yo, pues, comienzo la Salve.
Aurora del Sol divino
que á alumbrar el mundo vino
con sus rayos, Dios te salve.

GASTÓN. Hija del Eterno padre,
Reina de inmenso poder,
en ti mereció tener
nuestra dicha, Reina y Madre.

GUILLÉN. A Dios pusiste en concordia
con el hombre rebelado,

porque en ti la espera ha hallado,
Virgen de misericordia.

MAROTO. Tú quitaste el amargura
de la fruta triste de Eva,
porque en tu amor goza y prueba
el alma, *vida y dulzura.*

PETRON. Aunque nuestra culpa muestra
el castigo que temblamos,
seguros contigo estamos,
que eres *esperanza nuestra.*

GASTÓN. Por patrona te nombramos;
sin tu favor no podemos
vivir; por luz te tenemos,
madre nuestra, *á ti clamamos.*

GUILLÉN. Pues de los cielos airados
eres la llave maestra,
haz como en la patria nuestra
te gocen *los desterrados.*

MAROTO. Y, pues eres madre nueva,
de nuestra gracia y perdón
hijos tuyos sólo son
los que fueron *hijos de Eva.*
Sin ti huérfanos estamos,
y como el niño suspira
cuando á su madre no mira,
Señora, *á ti suspiramos.*

GASTÓN. Si lágrimas derramando
gana el cielo el que es más fuerte,
tus hijos que están advierte,
Madre, *gimiendo y llorando.*

GUILLÉN. Sin ti, que de nuestro espanto
eres remedio, ¿qué haremos
los que afligidos nos vemos
en este *valle de llanto?*

MAROTO. Si nuestro consuelo muestra
tu presencia, Virgen bella,
muéstranos tu luz en ella,
ea, pues, abogada nuestra.

PETRON. Alivia nuestros enojos;
si en tus ojos la paz vive,
que nuestra vida recibe,
muéstranos esos tus ojos.

GASTÓN. Que si fueron rigurosos
los de la ira de Dios,
esos tus luceros dos
serán *misericordiosos.*
Alegrando nuestro luto
tú que eres árbol de vida,
nos darás con paz cumplida
á Jesús, bendito fruto.

MAROTO. Porque cuando nos encuentre
el enemigo cruel,
tendremos remedio en él
por ser fruto *de tu vientre.*

PETRON. ¡Oh palma, oh ciprés, oh rosa!
alegra nuestra esperanza,
Luna llena sin mudanza,
¡oh clemente! ¡oh piadosa!

GASTÓN. ¡Oh aurora de nuestro día!
¡oh arca del testamento!
¡oh estrella del firmamento!
¡oh dulce Virgen María!

GUILLÉN. Con tus favores benignos
y gracia, *ruega por nos,*
sagrada Madre de Dios,
para que seamos dignos.

MAROTO. En el mar que el mundo ha visto,

donde la culpa se embarca,
pues de Noé eres arca
de las promesas de Cristo.

ESCENA XVIII

Aparécese NUESTRA SEÑORA.—DICHOS.

VIRGEN. Hijos: el amor que siempre
he tenido á vuestra tierra,
pues en vida á Zaragoza
ilustré con mi presencia,
me obliga á que mi retrato
os deje, en quien todos tengan
refugio en sus afliciones
y socorro en sus miserias.
Labradme en este olivar
un Monasterio y Iglesia
que mis hijos Redentores
dichosamente posean,
y haciendo el altar mayor
en esta parte, por prueba
de que soy paloma pura
que el ramo de oliva lleva,
en este olivo tendré
mi sagrario, sin que vean
que sus hojas saludables
eternamente estén secas.
Sanarán enfermos tristes
de enfermedades diversas
con las hojas deste olivo
poniendo mi gracia en ellas.
Y el pastor que descubrió
esta maravilla inmensa

(Vuélvesele la cara adelante.)

y ya por mi favor tiene
en su lugar la cabeza,
sirviéndome en esta casa,
trocará campos y ovejas
por la oveja que dió al hombre
el *Agnus* que Juan enseña.
Hónrate de aquí adelante
á los patronos que heredan
esta villa y devoción
con hazañas y nobleza.
Hijos: mi imagen os dejo;
reverenciándome en ella,
La Dama del Olivar
ilustra la patria vuestra.

(Encúbrese.)

ESCENA XIX

DICHOS, MENOS NUESTRA SEÑORA.

GASTÓN. ¡Oh, hermosura del Carmelo!
PETRON. ¡Oh, luz de nuestras tinieblas!
GUILLÉN. ¡Oh, salud de nuestros males!

MAROTO. ¡Oh, en fin, paz de nuestra guerra!
GASTÓN. Yo emplearé en vuestro servicio
aquí mi vida y hacienda,
que buen mayorazgo en vos
á mi sucesión le queda.

MAROTO. No sé cómo ya no tengo,
señor, la cabeza tuerta!
Desde hoy pastor de la Virgen
he de ser, y mi esposa ella.

ESCENA XX

Sale LAURENCIA.—DICHOS.

LAUREN. ¿Qué luz es la que ha alumbrado
mi alma, que loca y ciega
en desatinos vivió?

GASTÓN. ¿Qué es aquesto?

NISO. Mi Laurencia.

LAUREN. Una voz de este olivar,
entre estas ocultas sierras
donde el agravio, me hizo,
de don Guillén, bandolera,
me llamó, y viniendo aquí
con la virginal presencia
de esta señora divina,
mis vicios dan hoy la vuelta.
Yo os consagro, insigne imagen
mi vida, y desde hoy ordena,
si en pecados la imité
en virtud ser Magdalena.

GALLARD. Yo vengo tan bien purgado,
que ningún mal humor queda
en mi cuerpo ni en mi alma.
Gallardo, Virgen inmensa,
será vuestro motilón;
y si me dan la despensa,
seré un santo despensero,
si es posible que esto sea.

GASTÓN. Partamos á Zaragoza,
y al General que gobierna
la Orden de la Merced,
Pedro Nolasco, que es piedra
divina de este edificio,
convidaremos que venga
á tomar la posesión
desta Virgen pura y bella;
y labrándose al momento
fábrica que permanezca
en honra de nuestra sangre
la piedad aragonesa
tendrá un santuario más.

GUILLÉN. Y yo, Petronila bella,
siendo esposo vuestro, doy
al cielo firmes promesas
de enmendar mis travesuras.

GASTÓN. La imagen divina es esta
y *Dama del Olivar.*
Perdonad las faltas nuestras.